



CAPÍTULO XII.

Quién era Catalina; perplejidad de Gil Blas; su inquietud, y la precaucion que tomó para tranquilizar su ánimo.



Entrar en mi casa oí un gran estrépito, y preguntada la causa, me dijeron que Escipion tenia aquella noche á cenar á seis amigos suyos. Cantaban cuanto mas alto podian, y daban grandes carcajadas de risa. Esta cena á la verdad no era el banquete de los siete sábios.

El que daba el festin luego que supo mi llegada, dijo á sus convidados:—Señores, no es nada, es el amo que ha vuelto: no os inquieteis por eso, continuad divirtiéndoos. Voy á decirle dos palabras, y al instante vuelvo. Dicho esto se vino á mí:—¿Qué gritería es esa? le dije: ¿A qué clase de personajes festejas allá bajo? ¿son poetas?—Perdóneme vd., me respondió: seria lástima dar á beber vuestro vino á semejantes sujetos; yo sé hacer mejor uso de él. Entre mis convidados hay un jóven muy rico que quiere lograr un empleo por vuestra mediacion y por su dinero, y á causa suya se hace la fiesta. A cada trago que bebe aumenta diez doblones á lo que ha de tocaros, y quiero hacerle beber hasta el amanecer.—En ese supuesto, le respondí, vuélvete á la mesa y no escasees el vino de mi cueva.

No juzgué oportuno hablarle entonces de Catalina, dejándolo para por la mañana al levantarme, lo que hice de esta suerte:—Amigo Escipion, tú sabes de qué modo vivimos los dos: yo te trato mas como á compañero que como á criado, y por consiguiente harás muy mal en engañarme como á amo. Entre nosotros no ha de haber secreto: voy á decirte una cosa que te sorprenderá, y tú por tu parte me dirás lo que piensas de las dos mugeres que me has dado á conocer. Hablando los dos en satisfaccion, sospecho que son dos taimadas, tanto mas astutas,

cuanto mas sencillez aparentan. Si les hago justicia, no tiene el príncipe de España gran motivo de estarme agradecido, porque te confieso que para él te pedí la dama. Le he llevado á casa de Catalina, y se ha enamorado de ella.—Señor, me respondió Escipion, vd. se porta demasiado bien conmigo para que yo le falte á la sinceridad. Ayer tuve una conversacion á solas con la criada de estas dos ninfas, y me contó su historia, que me ha parecido divertida. Voy á haceros sucintamente relacion de ella, y no sentireis haberla oído.

Catalina, prosiguió, es hija de un hidalguillo aragones. Habiendo quedado huérfana de edad de quince años, y tan pobre como bonita, dió oídos á un comendador anciano, quien la llevó á Toledo, donde murió á los seies meses, despues de haberle servido mas de padre que de esposo. Recogió ella su herencia, que consistia en algunas ropas, y en trescientos doblones en dinero contante, y se fué luego á vivir con la señora Mencía, que todavía se mantenía de buen ver, aunque ya iba cuesta abajo. Estas dos buenas amigas permanecieron juntas, y principiaron á tener una conducta de que la justicia quiso tomar conocimiento. Esto desagradó á las señoras, quienes por enfado ó por otra causa dejaron prontamente á Toledo, y vinieron á Madrid, en donde viven cerca de dos años hace sin tratarse con ninguna señora de la vecindad. Pero oiga vd. lo mejor: han alquilado dos casas pequeñas separadas solamente por un tabique, pudiéndose pasar de una á otra por una escalera de comunicacion que hay en los sótanos. La señora Mencía vive con una criada de poca edad en una de ellas, y la viuda del comendador ocupa la otra con una dueña vieja, á quien hace pasar por su abuela; de modo que nuestra aragonesa tan presto es una sobrina educada por su tia, como una pupila bajo la tutela de su abuela. Cuando hace de sobrina, se llama Catalina; y cuando de nieta, Sirena.

Al oír el nombre de Sirena interrumpí todo asustado á Escipion:—¿Qué me dices? me haces temblar. ¡Ay de mí! temo que esa maldita aragonesa sea la querida de Calderon.—Cabalito, respondió, la misma es. Yo creía dar á vd. un gran gusto participándole esta noticia.—Pues no lo creas, repliqué; mas me causa disgusto que alegría. ¿No prevees tú las consecuencias?—No, á fe mia, replicó Escipion. ¿Qué mal puede venir de ahí? Don Rodrigo no ha de descubrir precisamente lo que pasa; y si vd. teme que se lo digan, prevéngaselo al primer ministro, contándole el caso sencillamente. Él conocerá la buena fe de vd.; y si despues quisiese Calderon ponerle á vd. mal con S. E., el duque verá que no trata de perjudicarle sino por espíritu de venganza.

Con estas palabras me desvaneció Escipion el miedo. Seguí su consejo, y dí parte al duque de Lerma de este fatal descubrimiento; y tam-

bien aparenté contárselo con aire triste, para persuadirle de que sentía haber inocentemente dado al príncipe la dama de Don Rodrigo; pero el ministro, lejos de compadecerse de su favorito, se burló de ello. Despues me dijo que siguiera en mi comision, y que sobre todo era gran gloria para Calderon amar á la misma dama que el príncipe de España, y recibir la misma acogida que él. Instruí en los mismos términos al conde de Lémos, quien me aseguró su proteccion si el primer secretario descubria la trama y queria ponerme á mal con el duque.

Con esta maniobra creí haber salvado la nave de mi fortuna del peligro de encallar, y me sosegué. Seguí acompañando al príncipe á casa de Catalina, por otro nombre la bella Sirena, que tenia la destreza de encontrar pretextos para apartar de su casa á Don Rodrigo, y ocultarle las noches que ella tenia precision de dedicar á su ilustre rival.





CAPÍTULO XIII.

Sigue Gil Blas haciendo el papel de señor: tiene noticias de su familia; impresion que le hicieron: se descompadra con Fabricio.



A llevo dicho que por las mañanas tenia comunmente en mi antesala muchas gentes que venian á proponerme varios asuntos; pero yo no queria que me los propusiesen verbalmente. Siguiendo el estilo de la corte, ó por mejor decir, para hacer mas de persona, decia á todo pretendiente:—Traígame vd. un memorial; y me habia acostumbrado tanto á esto, que un dia respondí así á mi casero cuando vino á recordarme que le debía un año de casa. Por lo que hace al carnicero y panadero, no daban lugar á que yo les pidiese memorial, pues eran muy puntuales en traerlos todos los meses. Escipion, que era un vivo retrato mio, hacia lo mismo con los que acudian á él para que se empeñase conmigo á su favor.

Yo tenia otra ridiculez que no pienso perdonarme; habia dado en la fatuidad de hablar de los grandes como si yo fuese de su misma esfera. Si, por ejemplo, tenia que citar al duque de Alba, al duque de Osuna, ó al de Medinasidonia, decia con llaneza, *Alba, Osuna, Medinasidonia*. En una palabra, me habia puesto tan orgulloso y vano, que ya no era hijo de mis padres. ¡Ah, pobre dueña y pobre escudero, ni pensaba en vosotros, ni habia tenido cuidado alguno de informarme de vuestra suerte! La corte tiene la virtud del rio Leteo, que nos hace olvidar á nuestros parientes y amigos, si se hallan en infeliz estado.

Cuando mas olvidada tenia á mi familia, entró una mañana en mi casa un mozo, que me dijo deseaba hablarme á solas un momento: le hice entrar en mi despacho, en donde, sin decirle se sentase por parecerme hombre ordinario, le pregunté, qué me queria.—Señor Gil Blas, me dijo, ¿pues qué no me conoce vd.? Por mas que le miré con atencion, tuve que responderle que no caia en quién era.—Yo soy, me replicó un paisano vuestro, natural del mismo Oviedo, é hijo de Beltran Moscada el especiero, vecino de vuestro tio el canónigo. Yo os reconozco muy bien, hemos jugado mil veces los dos á la gallina ciega.



—De los juegos de mi niñez, le respondí, solo conservo una idea confusa; los cuidados que me han ocupado despues me los han borrado de la memoria.—He venido á Madrid, me dijo, á ajustar cuentas con el corresponsal de mi padre. He oido hablar de vd., y me han dicho que está en un gran puesto en la corte, y ya tan rico como un judío, de lo que doy á vd. la enhorabuena, y ofrezco á mi vuelta al pais llenar de gozo á su familia, dándole una nueva tan gustosa.

Aunque no fuera mas que por cumplimiento, no podia menos de preguntar cómo estaban mis padres y tio; pero lo hice con tal frialdad, que no dí motivo á mi buen especiero para admirar la fuerza de la sangre. Bien me lo dió á entender, pues se manifestó sorprendido de la indiferencia que yo mostraba hácia unas personas á quienes debia profesar sumo cariño; y como era mozo franco y grosero:—Yo creía, me dijo desabridamente, que tuvieseis mas amor y aficion á vuestros parientes. No parece sino que los habeis olvidado segun la frialdad con que me preguntais por ellos. ¿Ignorais cuál es su situacion? Pues sabed que vuestro padre y vuestra madre están todavia sirviendo, y que el buen canónigo Gil Perez, agobiado de vejez y de achaques, está ya para vivir poco. Es necesario tener buen corazon, prosiguió; y supuesto que os hallais en estado de socorrer á vuestros padres, os aconsejo como amigo, les enviéis todos los años doscientos doblones. Este socorro les proporcionará sin menoscabo vuestro una vida cómoda y dichosa.

En lugar de enternecerme la pintura que hacia de mi familia, me incomodó la libertad que se tomaba de aconsejarme, sin que yo se lo rogase; quizá con mas maña me hubiera persuadido, pero su franqueza solo sirvió para irritarme. Él lo conoció bien por el ceñudo silencio que guardé, y continuando su exhortacion con menos caridad que malicia, me impacientó.—¡Oh! eso ya es demasiado, respondí lleno de cólera. Vaya vmd., señor de Moscada, no se meta en negocios ajenos. Vaya y busque al corresponsal de su padre, y ajuste sus cuentas con él. ¿Quién es vd. para enseñarme mi obligacion? Sé mejor qué vd. lo que he de hacer en este caso. Dicho esto eché de mi despacho al especiero, y le envié á Oviedo á vender azafran y pimienta.

No dejé de reflexionar en lo que acababa de decirme, y acusándome á mí mismo de ser un hijo desnaturalizado, me enternecí. Traje á la memoria los afanes que les habia costado á mis padres mi niñez y mi educacion. Me representé lo que les debia, y á mis reflexiones siguieron algunos impulsos de agradecimiento, que no obstante de nada sirvieron. Mi ingratitud sofocó bien pronto estos afectos, y á ellos sucedió un profundo olvido. Muchos padres hay que tienen hijos semejantes.

La codicia y la ambicion de que estaba poseido mudaron del todo mi

carácter. Perdí toda mi alegría, y andaba siempre distraído y pensativo, en una palabra, hecho un insensato. Viéndome Fabricio ocupado continuamente en pos de la fortuna, y tan indiferente con él, no venia á mi casa sino rara vez; pero no pudo dejar de decirme un dia:—En verdad, Gil Blas, que ya no te conozco. Antes de venir á la corte siempre tenias el ánimo tranquilo; y ahora te veo constantemente agitado. Formas proyecto sobre proyecto para enriquecerte, y cuanto mas adquieres mas deseas. Ademas, ¿me atreveré á decirlo? Ya no tienes conmigo aquellos desahogos del corazon, aquellas familiaridades en que consiste el encanto de la amistad; antes por el contrario, me tratas con reserva, y ocultas lo íntimo de tu alma. Tambien observo que las atenciones de que usas conmigo son como forzadas. En fin, este Gil Blas no es aquel mismo Gil Blas que yo conocia.

—Tú sin duda te chanceas, le respondí con frialdad: yo ninguna mutacion percibo en mí.—Tienes fascinados los ojos, replicó, y no debes preguntárselo á ellos: creeme, eres otro del que eras. Dilo, amigo, ingenuamente ¿nos tratamos acaso como otras veces? Cuando por la mañana llamaba á tu puerta, venias tú mismo á abrirme, y muchas veces casi dormido, y yo entraba en tu cuarto sin cumplimento; pero hoy ¡qué diferencia! tienes lacayos, y se me hace esperar en tu antesala mientras dan el recado de si puedo hablarte. Despues de esto, ¿cómo me recibes? Con una fria política, y haciendo el señor. Parece que mis visitas principian á incomodarte. ¿Crees tú que semejante recibimiento agrade á un hombre que ha sido tu camarada? No, Santillana, no: de ningun modo me conviene. A Dios; separémonos amigablemente. Deshagámonos ambos, tú de un censor de tus acciones, y yo de un nuevo rico que se desconoce á sí propio.

Me sentí mas ecsasperado que conmovido de sus reprensiones, y dejé se retirase sin hacer el menor esfuerzo para detenerle. La amistad de un poeta no era cosa tan preciosa que su pérdida me causase aficcion en el estado en que me hallaba: ademas, fácilmente encontré consuelo en el trato de algunos empleados de Palacio, con quienes por la semejanza de carácter habia recientemente contraido estrecha amistad. Estos nuevos conocimientos eran con sugetos, cuya mayor parte venian de no sé donde, y á quienes su dichosa estrella habia conducido á sus empleos. Todos estaban ya acomodados; y atribuyendo estos miserables solo á su mérito los beneficios que el rey se habia dignado hacerles, se olvidaban como yo de sí mismos y todos nos creiamos unos personajes muy respetables. ¡Oh fortuna! ve ahí cómo dispensas los favores las mas veces. Hizo bien el estoico Epicteto en compararte con una jóven ilustre que se entrega á criados.



LIBRO NOVENO.

CAPÍTULO I.

Escipion quiere casar á Gil Blas, y le propone la hija de un rico y famoso platero: de los pasos que se dieron á este fin.



UNA noche, despues de haber despedido á la concurrencia qu habia ido á cenar conmigo, viéndome solo con Escipion le pregunté qué habia hecho aquel dia.—Dar un golpe de maestro, me respondió: proporcionar á vd. un rico establecimiento; pues le quiero casar con la hija única de un platero conocido mio.—¡Hija de un platero! exclamé con aire desdeñoso: ¿Has perdido el juicio? Cuando se tiene tal cual mérito, y se está en la corte en cierta altura, me parece se deben tener ideas mas elevadas.—¡Ah, señor! repitió Escipion, no lo creais así. Pensad que el varon es quien ennoblece; y no seais mas delicado que mil señores que pudiera citaros. ¿Sabe vd. bien que la heredera de quien hablo es un partido de cien mil ducados á lo menos? ¿No es este un buen trozo de platería? Cuando oí hablar de una suma tan grande me hice mas tratable. Desde luego cedo al dictámen de mi secretario; la dote me determina.—¿Cuándo quieres tú que la reciba?—Vamos despacio, señor, me respondió; un poco de paciencia. Es menester que trate yo antes del asunto con el padre, y que le haga venir en ello.—Bueno, respondí riendo á carcajadas, ¿todavía estás ahí? Ve por cierto un casamiento bien adelantado.—Mas de lo que vd. piensa, replicó; solo quiero una hora de conversacion con el platero, y respondo de su consentimiento; pero antes de ir mas lejos, capitulemos si vd. gusta. Suponiendo que yo haga recibir á vd. cien mil ducados, ¿cuántos me tocarán á mí?—Veinte mil, le respondí.—Alabado sea Dios, dijo: yo limitaba vuestro agradecimiento á diez mil. Vd. es la mitad mas generoso que yo. Vamos: desde mañana me emplearé en esta negociacion, y puede vd. contar con que se conseguirá, ó yo no soy sino un bestia.

Efectivamente á los dos dias me dijo: He hablado con el señor Ga-